

LA ESCOBA

SEMENARIO SATÍRICO FEDERAL

FUNDADOR Y DIRECTOR PROPIETARIO: José Trinchant y Fornés (El federal convencido).

LA SEMANA

No hay plazo que no se cumpa.

Llegó al fin el lunes, tan deseado por la gente ávida siempre de emociones fuertes; y con el lunes, la apertura del tan cacareado debate político.

Pero ¡oh, desengaño! todos aquellos vaticinios de próximos pugilatos, de apóstrofes violentos y de escándalos ruidosos han quedado reducidos, hasta ahora al menos, á pura agua de cerrajas.

¡Soberbio chasco se ha llevado el público que ha asistido á las sesiones; y con el público, cuantos creían que el santuario de las leyes iba á convertirse nuevamente en un gallinero.

Ni los rudos ataques dirigidos contra el Sr. Sagasta y los serviles por el travieso expollo antequerano; ni las amenazas mal encubiertas del comedido general López Domínguez, ni la incisiva y demoledora palabra del ingenioso Silvela, han sido causa bastante para sacar de sus casillas á la disciplinada é inconstante mayoría, la cual ha escuchado con una imperturbabilidad estudiada la voz acusadora de los representantes de la conjura.

No sabemos si el discurso de violentísima oposición que se espera que pronuncie el Sr. Martos, lo oirán los ministeriales con la misma glacial indiferencia.

El presidente del Congreso sigue encerrado en su mutismo, sin querer contar á nadie su pensamiento, y, lo que es aún más de notar, aplazando cada día su intervención en el debate político.

El Sr. Martos ha amenazado al Gobierno y ofrecido á la Cámara decirlo todo, revelarlo todo, descubrirlo todo. En la próxima semana veremos á lo que quedan reducidas sus amenazas y promesas.

Después del debate político, el asunto más importante de la semana que espira, ha sido la actitud de enérgica protesta que están dispuestas á adoptar las clases industrial y mercantil. Para que nuestros lectores puedan formarse una idea de la gravedad que envuelve esta justificada actitud, bastará que demos á conocer el segundo de los procedimientos que el gobierno del Círculo de la Unión mercantil y la comisión de los gremios someten al estudio de las Cámaras de Comercio y sociedades mercantiles de España, en la circular dirigida á las mismas, con fecha 19 del corriente, y que dice á este tenor:

2.º Celebración en Madrid de un gran

meeting, con asistencia de representaciones de todas las provincias, tan pronto como la comisión emita dictamen contrario á las justísimas observaciones que de todos lados se han hecho, con el fin de que en el mismo se acuerde la forma más conveniente de significar una solemne protesta contra los perjuicios que el proyecto habrá de irrogar necesariamente á las clases mercantiles é industriales, como por ejemplo, el cierre en toda España en un día dado de todos los establecimientos, almacenes, fabricas, tiendas y demás locales donde se ejerza cualquier industria, ó en cualquier otra forma que se estime más oportuna al logro de nuestros propósitos, siempre dentro de las vías legales.

Después de esto, nada nos resta que añadir; como no sea hacer coro á los optimistas ministeriales, afirmando con ellos que, realmente, la atmósfera política aparece cada día más pura, tranquila y despejada.

SECCIÓN DOCTRINAL

¿Por qué somos demócratas republicanos federales?

IV

Monarquía.

La monarquía (del griego *mónos*, único, y *arkhéin*, mandar) es el gobierno de un pueblo por un solo hombre, que ordinariamente lleva el título de rey ó emperador.

La dignidad real, cuya existencia se remonta á los primeros tiempos de las sociedades humanas, ha venido tomando, á través de los siglos, caracteres muy diversos.

En el antiguo Oriente aparece con la mayor pompa y esplendor, rodeada de todo el respeto y admiración de los pueblos, y consagrada por la religión.

Unidos por su genealogía á la divinidad misma, los príncipes se presentan á sus vasallos como representantes de Dios sobre la tierra, y todo el mundo se inclina ante su poder omnímodo, absoluto, irresponsable, sin contrapeso.

Ataviados con el ropaje que se atribuye á los dioses, objeto de los mismos homenajes y casi invisibles en sus regias y suntuosas moradas, como en el fondo de un santuario; apoyan en el origen ficticio de su autoridad para realizar audazmente las empresas más colosales, al par que los crímenes más horrendos.

Nino, Semiramis, Nabucodonosor, y los reyes de Persia, desde Ciro, son los tipos de esa monarquía oriental que ha venido á perpetuarse, casi sin modificaciones sensibles, hasta nuestros días, en el seno de los pueblos de Asia.

Es verosímil que el poder teocrático pre-

cediera en todas partes al poder real: así al menos puede afirmarse respecto del Egipto, en donde Menés, jefe de los guerreros, usurpó el poder á los sacerdotes y tomó el título de rey. Esto no obstante, la teocracia conservó su extraordinaria influencia en el Estado, eligiendo los monarcas, reglamentando minuciosamente el empleo de su vida, imponiéndoles, así como á la nación, leyes que decían emanadas de los dioses, y poniendo freno á su despotismo con la amenaza del juicio público, que debía pronunciarse sobre ellos después de su muerte.

Entre los hebreos, la dignidad real, tal como fué instituida por Samuel, no era otra cosa que un poder ejecutivo de carácter permanente: el Soberano representaba á Jehovah; los profetas y los sacerdotes, guardianes é intérpretes de las leyes escritas, eran sus consejeros ó sus censores, según que aquél respetaba ó infringía el pacto fundamental que fijaba sus derechos y sus deberes.

La dignidad real existió también en Grecia durante los tiempos heroicos: los reyes, á quienes los poemas homéricos llaman los *pastores de los pueblos*, ejercían una especie de poder patriarcal.

Entre los romanos, desde Rómulo hasta Tarquino el Soberbio, el gobierno fué casi una monarquía constitucional. En las manos de los Césares, la soberanía vino á ser personal y vitalicia. A partir de la época de Diocleciano, los emperadores fueron aproximándose, por el fausto y el ceremonial palatino, á los monarcas de Oriente: su estancia en Nicomedia ó en Bizancio, les lanzó en medio de las embriagadoras delicias asiáticas; la corona de laurel y el manto de púrpura de los antiguos Césares, fueron reemplazados por la diadema y el ropaje de seda y oro; la persona del príncipe y su palacio, considerábanse como sagrados, y todo el que á él se aproximaba tenía que prosternarse como ante Dios.

El monarca era, además, gran pontífice del paganismo; y esta reunión del poder político y del poder religioso en las manos de un mismo hombre, explica el por qué el Cristianismo no pudo conciliarse con el Imperio.

Con las invasiones germánicas, la dignidad real tomó una nueva forma. Los reyes de los bárbaros se asimilaron á los dioses; los Amales, entre los godos; los Agilolfingos, entre los bávaros, y los Merovingios, entre los francos, eran familias privilegiadas, en las cuales la dignidad real, aunque electiva, vino á perpetuarse.

Háse atribuido á la familia el origen de la

monarquía y considerado al padre como el verdadero tipo del rey. Pero la vida patriarcal conduce muy luego á la oligarquía; porque, después de la muerte del padre, que ha reinado sobre todas las generaciones nacidas de su viviente, la unidad del poder queda quebrantada, los hijos vienen á ser los jefes de la nueva familia, y el poder tiende necesariamente á fraccionarse cada vez más.

Aparte esto, de la misma experiencia resulta; que el poder real y el poder patriarcal se hallan muy lejos de ser idénticos; que la igualdad entre los miembros de la familia política, el mejoramiento de su bienestar y el desarrollo de su inteligencia, son cosas de que apenas se han ocupado los monarcas, y que son muy contados los que han merecido el sobrenombre de padres de los pueblos; amén de la frecuencia con que afectaban no pertenecer á la misma raza que los súbditos y hacían necio alarde de un origen superior, cuando no divino.

Puede afirmarse, desde luego, que la fuerza ha sido siempre el principio de todo poder. Apenas se encuentran dinastías que no hayan debutado por una usurpación; y sólo debido, ya á una posesión más ó menos prolongada de la autoridad, ya al ascendiente de supuestos servicios prestados á los pueblos, es como han acabado por ser definitivamente admitidas.

Si la monarquía ha sido en la mayoría de los pueblos una institución primordial, nótese bien que en todas partes ha estado siempre en lucha abierta con los súbditos, cuyos esfuerzos han tendido incesantemente á limitar ó disminuir su poder.

La lucha, pues, entre la libertad y la autoridad data de muy larga fecha; se remonta á las primeras edades; es tan antigua como la humanidad.

Algunos pueblos han hallado la forma de gobierno propia para establecer el equilibrio entre esas dos grandes fuerzas políticas. ¿Por qué no hemos de hallarla también nosotros?

Mas, para hallar una cosa, que se sabe que existe, es necesario buscarla. Busquémosla, pues, aunque para hallarla tengamos que recorrer de polo á polo el mundo político.

El gobierno monárquico puede ser absoluto, ó constitucional, ó representativo. Es absoluto cuando el poder supremo lo ejerce el monarca sin restricción ninguna; es constitucional ó representativo, cuando el poder está dividido entre el Jefe del Estado y los representantes de la nación, y reglado en su ejercicio por una Constitución.

Una monarquía puede igualmente ser hereditaria ó electiva. Pero, en uno y otro caso, el principal peligro que esta forma de gobierno ofrece, consiste en su natural tendencia al despotismo.

En el número próximo me ocuparé de la escuela absolutista.

OTRA CARTA

La abundancia de original nos ha impedido hasta hoy dar á la estampa otra carta del ilustrado labriego que, desde Villajoyosa, nos remitió la que nuestros lectores tuvieron ocasión de saborear en el 4.º número de este Semanario.

No enojo, como delicada y modestamente supone, sino satisfacción gratisima nos producirán siempre los bien meditados es

critos con que nuestro respetable amigo ha honrado y ofrece seguir honrando esta publicación.

Cónstele así al insigne veterano de la democracia valenciana, que oculta su nombre bajo la inicial Y. Ahora, lean nuestros lectores, la nueva carta á que nos referimos:

Sres. Redactores de LA ESCOBA.

Mis queridos amigos: Ante todo, la expresión de mi reconocimiento por vuestra galante deferencia y por las palabras corteses de honra inmerecida, que, por vuestras, estimo en mucho.

Y puesto que me he metido á barrendero de *afición*—salvedad que hago para escusar mi torpeza—echo mano á la escoba y allá voy con mi trabajo... pero aquí me teneis perplejo y vacilante, porque no sé, no discurro medio para remover la basura, tan fuertemente adherida á los pisos y á las paredes, que se ha hecho una incrustación contra la que la escoba no aprovecha, si antes no se emplea la piqueta para quebrantarla.

Hasta que llegue ese día—que sí que llegará y acaso más pronto de lo que muchos se imaginan, si antes no se desploma el edificio bajo su propio peso—pongo tregua á mis *aficiones*, y si no os molesta, voy á ocuparme, voy á escribir de cualquier cosa, de sociología, del gobierno, del parlamentarismo, de la justicia, de la administración y de otros excesos ó de escándalos, ya que afortunadamente en este bienaventurado país de gran sentido moral, los escándalos abundan hasta encontrarse con alguno al doblar de la primera esquina, como diriais vosotros, ó detrás del tronco de cualquier alcornoque, que decimos los que con ellos tratamos, ó con los algarrobos, que para el caso es lo mismo.

Y aunque para escribir quisiera comenzar por el principio, para proceder con método, es decir, con orden, que es lo principal, sé por la palabra de los sabios maestros, por el estudio—porque habéis de saber que soy algo leído—y por lo que la razón me dicta, que el hombre, el individuo es el principio de toda agrupación humana, que por el pacto con otra establece su vida de relación; como si dijéramos que el hombre es el Dios de toda creación social, principio y fin de todas las cosas, y aunque también sé por la autorizada palabra de Santo Tomás, de su discípulo Egidio dirigiéndose á Felipe el hermoso y por otros muchos, que la soberanía reside en los pueblos, y que una nación es la federación de Villas y Ciudades, es decir, la federación de los municipios; á fuer de rudo labriego parece que me siento llamado, que me siento poderosamente atraído á todo lo que brilla, á todo lo que reluce, por más que al revolcar en torno de la oscilante llama, se hubieren de quemar las alas de mis ilusiones; y con el fin de disfrutar del espectáculo que da la Corte en ciertas solemnidades, hace ya algún tiempo que en el tren del inmoderado deseo me trasladé á esa del Oso, y sin detenerme siquiera á mirar las estatuas que decoran la Plazuela de Oriente, entré en Palacio por la Plaza de la Armería, y con el pensamiento pisé la ancha escalera, crucé el salón de columnas y llegué al del trono; y al ver y contemplar tantos bordados, galones, colgajos, penachos, tanta variedad de trajes y de colores, espantado y confuso de ver y admirar ministros, diputados, plenipotenciarios, generales, duques, marqueses, condes, barones, etc., etc., llenos todos de va-

nidad hinchada y de orgullo humillante, recuerdo que fui presa de un vértigo, y que, arrebatado por revuelto torbellino, daba vueltas y más vueltas como todas aquellas figuras, en el perpetuo carnaval del mundo, hasta que, pasado algún tiempo, calmada mi exaltación y sosegados mis nervios, hombre serio, no pude menos de reirme de la gravedad de aquellos viejos niños que se inclinaban ceremoniosamente delante de un niño que querían que apareciera viejo para la más digna representación del alto puesto que ocupaba.

Pero detrás de aquel fausto, de aquellos blasones, de aquel oro, de aquella riqueza, comprendí que se ocultaba algo que no brillaba, y que en el seno de la gran solemnidad latían sentimientos escondidos, y el recelo mordía los corazones y la negra desconfianza nublaba las alegrías.

Tal vez yo me engañe, porque los labriegos somos un tanto suspicaces y maliciosos; pero es lo cierto que creí distinguir y llegué á comprender sonrisas que llevaban al ojo una lágrima, goces que llevaban al pecho su dolor.

Lo que creí distinguir y llegué á comprender, si no os enoja, puede ser objeto de otra carta de vuestro afectísimo

Y.

CARTA DE VALENCIA

Sr. Director de LA ESCOBA.

Muy estimado amigo: Al comenzar esta carta, cumple á los intereses de la verdad y á la lealtad de mis procederes, sentar *á priori* el siguiente desconsolador aforismo: «El partido republicano federal de Valencia no tiene jefe: es un organismo acéfalo, cuyos robustos miembros se mueven y agitan con la más absoluta independencia y en la obscuridad más absoluta.»

Tuvo en otros tiempos un hombre, á quien el partido obedecía con la sumisión irreflexiva del niño que empieza á dar los primeros pasos. Nacido aquel hombre al calor tempestuoso de un período de lucha, hubiera podido ser una gran figura, gracias á su entusiasmo, á las momentáneas energías y á sus grandes prestigios. No lo fué, sin embargo. Faltábale la condición esencialísima del apóstol: la grandeza de alma; carecía de las virtudes que caracterizan al caudillo popular: la gratitud y la modestia; no tenía, en fin, lo que necesita un hombre de gobierno: la inteligencia y el claro juicio.

El partido republicano era sobrado numeroso y los tiempos harto difíciles para que un hombre de tales condiciones pudiera dirigirlo por caminos rectos y seguros. Los fracasos se sucedieron con frecuencia lamentable, siendo el primero y acaso el peor de todos, el que dió origen á la división de los republicanos en *transigentes* é *intransigentes*.

No fué esa división, como parece indicarlo sus nombres, debida á diversidad de criterio ó á oposición de principios. Muy lejos de ello; la vanidad, el amor propio, los celos injustificados, la pobreza de miras, fueron la causa principal, ya que no única, de que el partido se fraccionase, en aquellos días en que más necesidad había de unión y de concordia.

Pudo evitarse la propagación del mal; pero el mal quedaba hecho. En vano fué que se apelara á todos los medios para reconciliar á las dos fracciones; inútil fue-

ron cuantas tentativas se realizaron para reconstituir al partido en su magnífica unidad. Endiosamientos menguados y ridículas soberbias hicieron infructíferos los generosos deseos, y las ruines intrigas de ocultos enemigos malograron la obra de paz y de armonía.

Los radicales pudieron desde entonces sembrar en el campo republicano la semilla de la apostasia bastarda y de la traición felonía.

Cuatro advenedizos sin historia conocida, ó de nada envidiable historia, rodearon al hombre que fué un día jefe querido y respetado; llamáronle apóstol de la Democracia, ilustre decano de la República, venerable patriarca del Pueblo... ¡y qué se yo cuantas cosas más por el estilo! El desenlace de la burda comedia era inevitable. El pobre anciano, halagado en su vanidad de niño, entregóse á discreción en brazos de aquellas gentes, sin pensar, en su ceguera perdurable, que la más preciada corona de la ancianidad honrada, es la digna consecuencia.

A partir de este momento, el jefe del partido se convirtió en capitán de bandería. Todos sentimos el cambio, todos lloramos la partida; pero, llorándola y sintiéndola, no quisimos; ni aun queriendo, habríamos podido seguir á aquel hombre que tan fácilmente y por tan mala compañía nos abandonaba. Entre las tristezas de la separación y la gloria de nuestra dignidad, optamos por no hacer el sacrificio de vender á manos enemigas nuestras honradas conciencias.

Constituyóse entonces una «Junta Provincial» con representantes de casi todos los distritos, cuya Junta tuvo la gloria de levantar incólume la bandera del partido, que había sido arrojada entre las impurezas del lodo. Los advenedizos y los inconsecuentes, en número de *millares de millones*, formaron el *grupito* de los llamados orgánicos; los históricos, los consecuentes, en número de *tres y medio*, continuaron constituyendo el *gran* partido Democrata Republicano Federal.

Faltaba, sin embargo, á este partido una inteligencia poderosa que lo organizara y dirigiera; tanto más, por cuanto los antiguos radicales, blasonando de una integridad irrisoria y de un *revolucionarismo* de pega, no cejaban en la innoble tarea de intentar nuevas divisiones en las huestes federales. El hombre que faltaba, existía, vivía dentro del partido desde mucho tiempo; mas, á pesar de las repetidas instancias que se le dirigieron, su exajerada modestia y la falta completa de toda ambición de mando, le obligaban de consuno á dar siempre una terminante negativa. Repetidas veces le escribió nuestro ilustre jefe D. Francisco Pi, manifestándole que se encargara de la dirección del partido en esta provincia. ¡Inútil empeño! La voluntad de aquel hombre parecía inquebrantable.

Quebrantóla más tarde un hecho que todos los buenos federales recuerdan con orgullo. La necesidad cada vez más imperiosa de nombrar un jefe, hizo que se convocara al partido á elecciones generales. El partido acudió en masa al colegio electoral, y muchos individuos que, por causas que diré á su tiempo, vivían cómodamente retraídos, fueron también llenos de entusiasmo tardío á depositar su voto en la urna.

Gracias á esa elección, el partido federalista valenciano tuvo un jefe. No convenía

éste á las miras interesadas de *ciertos* republicanos de *casa*, y menos á los planes de *orgánicos y radicales*, y comenzóse desde luego la guerra de emboscadas contra el nuevo Presidente.

No afirmaré yo que hubiera en aquella «Junta Provincial» representantes que ayudaran á los enemigos; lo que afirmo es que, aprovechando un corto viaje de su Presidente, éste fué destituido de la manera más arbitraria, injusta y desatenta que pueda imaginarse.

¿Quién ó quiénes fueron los culpables de aquel hecho inaudito? Procuraré explicar el asunto en ocasión oportuna. Hoy por hoy, sólo cumple á mis propósitos manifestar que el partido federal valenciano quedó otra vez sin jefe, ya que no he de cometer la insensatez de reconocer como tales á los que por medios que no examino, pero que seguramente son reprochables, alcanzaron por cuatro votos un puesto que les viene muy ancho.

Pero este es asunto que no debo contar así de prisa. Déjolo, pues, hasta la otra, en que confío que Dios me dará resignación y paciencia para continuar debidamente la tarea comenzada.

Suyo afectísimo,

CUALQUIERA.

TIPOS Y TOPOS

GALERIA DE HOMBRES PÚBLICOS

SE PROHIBE TERMINAMENTE SEÑALAR CON EL DEDO Á LAS PERSONAS ALUDIDAS.

VIII.

De un gobierno federal fué ministro, y los curiosos preguntaban afanosos ¿quién es... *Fulano de Tal?*

Y circuló como el rayo la noticia entre la gente, que el tal era... un descendiente del ilustre D. Pelayo.

Hoy es adversario tibio del Gobierno, diputado coalicionista, abogado y... republicano anfibio.

ECOS POLÍTICOS

De Yecla, pueblo de la provincia de Murcia y uno de los más federales de España, nuestro apreciable correligionario D. José Muñoz y López nos escribe, en nombre propio y en el de D. Vicente Beltran y Payá y D. Claudio Mora y Cerezo, abonados todos á este semanario, una sentida y razonada carta, de la cual entresacamos los siguientes párrafos:

«Tenemos el placer de manifestarle nuestra completa adhesión y conformidad, en cuanto á la manera, forma y tendencia que expone en su semanario LA ESCOBA, cuya aparición creemos oportunísima en las presentes circunstancias.

Tiempo era ya de que se tocara la campaña de sonido claro, para que todos los buenos patricios acudan sin confusión á donde deban acudir, escoba en mano, para ir barriendo lo mucho malo que existe en todos conceptos.

Así, pues, tenga entendido que los verdaderos federales, los que desean de buena fe el triunfo de las ideas, no los que tratan de medrar á su sombra, verán con gusto, no solo la aparición de LA ESCOBA, sino también la de muchos escobones.

Ahora bien; con el objeto de ayudarle en su empresa voy á indicarle un rincón adonde hay necesidad de llevar LA ESCOBA para hacer una buena limpia.

Es el siguiente:

En el campo republicano federal hay sin

duda ninguna muy buenos republicanos; pero que, habiendo llegado á una altura, muy merecida tal vez, se creen ya indispensables y que por encima de ellos nadie puede pasar, degenerando en absolutistas y soberbios.

Otros, y no en pequeño número por desgracia, existen también en capitales y pueblos de importancia que, llegados á cierta altura, todo lo esperan de *arriba*, olvidándose de crear intereses *abajo*, y dando pruebas claras de ser más centralizadores y unitarios que los que ostentan estos nombres.

De ahí el que se les vea muy demócratas y muy federales, en teoría, y muy absolutistas y unitarios en el terreno práctico de su localidad; resultando de este modo ser un obstáculo permanente, no sólo para el desarrollo de nuestras ideas, sino también para los que quieren trabajar en beneficio de las mismas.

No me propongo denunciar á nadie; mi único objeto es llamarle la atención sobre el punto indicado, para que pueda barrer como acostumbra, todo aquello que merezca limpiarse en bien de nuestros salvadores principios. De usted, etc.»

Nuestros apreciables correligionarios de Yecla tienen razón sobrada; el mal que la mentan se halla desgraciadamente muy extendido; mas, para extirparlo de raíz, necesita LA ESCOBA del concurso de todos los buenos federales.

Nuestros propósitos sobre el particular, consignados quedan en las columnas de este semanario, y esto nos excusa de añadir una palabra más.

ESCOBADAS Y ESCOBAZOS

El pan nuestro de cada día. Va de historia.

En la provincia de Cádiz hay un pueblo, que se denomina Villamartin; y en este pueblo, un honrado vecino, que se llama D. Tomás Jiménez del Corral.

Y sigo adelante; porque esto nada tiene de particular.

El referido señor, abonado á LA ESCOBA, nos dirigió, con fecha 16 de Mayo último, una carta incluyendo dos pesetas en sellos de á 15 céntimos.

Y aquí hago alto; porque lo que sigue, sí tiene ya algo de particular.

Ni los sellos, ni la carta que los contenía han llegado á nuestro poder.

Pero ello es indudable que han debido ir á poder de alguien.

Y si ese alguien—que de fijo se permite leer gratis LA ESCOBA—fuera una persona honrada, que no lo será, pero vamos al decir, si lo fuera, podía hacer una cosa muy sencilla para que todos quedáramos contentos.

Y es: devolverle los sellos al interesado, y quedarse él con la carta.

¿Que no los devolverá? Corriente. Pues que de rejalgarse le sirvan.

Con... tan *sucio y rateril* motivo, el señor D. Tomás Jiménez del Corral nos escribe otra carta lamentándose del *impeorable* servicio de Correos, é invitándonos á que hagamos público el hecho.

Queda complacido nuestro apreciable correligionario.

Pero ya verá como el eco de sus lamentaciones no tiene resonancia en ninguna parte, la Dirección de Correos inclusive.

Como no la tuvo tampoco el de nuestras reclamaciones, tan respetuosamente formuladas en el quinto número de nuestro semanario.

Tarde recibían LA ESCOBA nuestros correligionarios de Valencia, y tarde continuaban recibiendo muchos de ellos.

Los que la reciben. Que no todos alcanzan la misma suerte.

Y ¿qué le vamos á hacer? Paciencia, y adelante con la cruz.

Pero desengañémonos; preciso es que nos desengañemos.

La inmoralidad, así administrativa como

política y social, que nos han traído los restauradores, y que ya se ostenta con una desvergüenza y un descaro superiores á toda ponderación, tiene hondas raíces en el país y sólo un remedio le alcanza.

Remedio que no indico.

¿Para qué, si está en la mente y en la conciencia de todos?

De todos los españoles *verdaderamente* honrados.

Y subrayo el adverbio, porque aquí ya no hay criminal, grande ni pequeño, que no haga cínico alarde de ese adjetivo.

Un periódico de oposición indica la necesidad de mandar á los fusionistas á paseo. ¡Hombrel! A paseo, no. Podrían tomarles por vagos.

Y aunque lo sean, bueno y muy bueno es que no lo parezcan.

Por decoro al menos. No vayan luego los extranjeros, que tienen el raro capricho de vivir entre nosotros, á decir que España es *realmente* un país... un país excelente. Para vivir sobre él.

Tengamos esta vergüenza todo lo oculta posible.

A donde hay que mandar, pero sobre la marcha, no sólo á los fusionistas, sino también á todos los vividores políticos que deshonran y traen perturbada á España, es... A canalizar, á canalizar la Mancha.

Que buena falta hace.

Y no poco ganaría con ello aquella extensa, árida y desierta comarca.

Y el país en general.

Suponiendo hipotéticamente que aquí haya país.

Pero es inútil que pidan la caída de los fusionistas los que esperan reemplazarles en el poder.

Para hacerlo peor.

Si es que cabe ya hacerlo peor. Que no cabe.

A D. Práxedes Mateo Sagasta no se le hecha hoy tan fácilmente.

Ni él se iría de cualquier modo, aunque le echaran.

Porque, cuando otra cosa no pudiera, se llevaría pegado á la parte más abultada de su individuo el sillón presidencial.

Conozco ha tiempo á Sagasta, y sé bien cómo las gasta.

El general López Domínguez ve peligros y conflictos en lontananza.

Y exclama: «Si esos peligros y esos conflictos vienen, estaré siempre del lado de la libertad y de la democracia.»

Bien, muy bien, perfectamente bien.

Pero una duda me ocurre.

Si llega aquel caso cómo el general va á distinguir bien la libertad y la democracia, si la una y la otra son para él griego puro?

Pero supongamos — y no es poco suponer — que sabe griego y realiza su promesa: ¿le impedirá esto caer después *sobre* los republicanos, y hasta *sobre* la libertad y la democracia, chafarote en mano?

Me parece que no. Y si no, que le llame la regente para formar Gobierno, y ustedes lo verán.

Pero no le llamará.

Leo en un periódico republicano:

«Al decir del señor ministro de Ultramar, la democracia está *encarnada* en la nación.

¡Tantas cosas ha visto!»

¡Ah! Y las que verá, las que verá todavía.

Y las que le quedan que ver, van á ponerla de color de violeta.

A raíz del escándalo parlamentario, decían que decía el Gobierno que, así que la Cámara reanudara sus tareas, se pondría á discusión el sufragio, alternativamente, con el debate político.

Y esto lo decía sin duda, para dar en la cabeza á los que rechazan aquella reforma.

Pues ahora, el mismo Gobierno, pretestando el obstruccionismo de conservadores y conjurados, ha resuelto que el sufragio

no se discuta hasta que termine el debate económico.

Conque siéntome y canto:

Ayer me digiste que hoy;
hoy, me dices que mañana;
y mañana, me dirás
que de lo dicho no hay nada.

..

Y á propósito de esto, dice *El Liberal*, diario de casa y boca, ó de cámara, como le llama un colega:

«Este miedo del Gobierno ha de costarle muy caro.»

Quizás. Mas ¿quién sabe si le costarán aún más caros los bombos del diario de cámara, ó de casa y boca?

Por lo pronto, una cosa sacamos en limpio, y es; que el Gobierno tiene ya miedo.

Y del miedo á la retirada, no queda ya más que un paso.

Traslado de *La Correspondencia Militar*:

«Al ver que *El Liberal* afloja un tanto en su ministerialismo, dice *La Monarquía*:

«*Malum signum*.

¿Va á subir el precio de los bombos?»

Colega, por Dios, no digáis esas cosas, que las gentes, ya maliciosas de sayo, van á dudar hasta de su sombra.

Y á creer que el ministerialismo de ciertas oposiciones no es del todo desinteresado.

Cuando sabido es que aquí todos son unos caballeros.»

Si lo serán. Pero la capa no parece.

Y aquí la capa es la honra nacional.

Cuando el río suena...

Según parece, *La Monarquía* ha preguntado á sus colegas si era cierto que había periódicos con suscriptores de á 11.000 pesetas mensuales.

¡Pesetas son!

Pero, según parece también, nadie le ha contestado.

La Correspondencia Militar se hace eco de la pregunta, y contesta que no sabe nada; que si algo supiera lo diría con entera claridad.

Lo creemos sinceramente.

Pero el valiente campeón del Ejército y de la Armada, añade luego que no cree que tales periódicos existan, por honra de la clase.

La razón en que nuestro apreciable colega fonda su incredulidad, es noble y generosa; pero se nos figura que no es mirar bien por esa honra, poniendo en duda un hecho que tantos precedentes tiene.

Nosotros lo entendemos de otro modo, y volveremos á ocuparnos de este asunto, que afecta á toda la prensa.

Van ya dos domingos que no recibimos la visita de nuestro apreciable colega *El Motín*.

¿Le hemos ofendido en algo?

¡ATENCIÓN!

Frases sueltas que parecen tonterías, (y que bien pudieran serlo), pronunciadas en el Congreso por D. Manuel Becerra, Ministro de Ultramar, matemático excelente y gallego por añadidura.

«La democracia está en el Gobierno, en la mayoría, en la presidencia del Congreso, en todas partes.»

Vamos, que la democracia viene á ser ni más ni menos que una especie de Moret *espiritualizado*.

«Donde estoy yo, está la democracia. Yo estoy en el Gobierno, pues el Gobierno la representa.»

¡Ah, verbo... galaico! ¡Oh, encarnación sublime! ¡qué digo sublime! sublimada de la democracia... ministerial!

«Nuestro país no tiene nada que envidiar

á Italia en punto á libertades constitucionales.»

Ni en punto á nada, D. Manuel, ni en punto á nada. ¡Qué disparate! ¡Pues si aquí vivimos como en Janja!

«Su Señoría (este S. S. es el Sr. Martos) procedió con arreglo á su conciencia; pero también la mayoría tiene su conciencia.»

¡Que si la tiene! ¿Quién lo duda? Y de manga de fraile.

«Y desde aquel momento, la mayoría y el presidente quedaron divorciados.»

Cierto. Como lo están del país, hace ya bastante tiempo, el Gobierno y la mayoría y las minorías.

Y otra cosa que no es el Gobierno, ni la mayoría ni las minorías.

«En el partido liberal tiene que existir la democracia, por que no hay democracia sin libertades ni libertades sin democracia.»

¡Eso, eso! Y más, más aún: ni democracia ni libertades sin Becerras.

Sin Becerras ministros.

«En vano será que os pongáis á ello; la democracia se impone.»

¡Hola, hola! ¿Con que se impone, eh? Bien; pero ¿á quién ó á quiénes? Y, sobre todo, ¿cuál democracia es la que se impone? Sepámoslo. Porque aquí tenemos ya democracias para todos los gustos, y de todas las vestimentas, y de todos los colores.

Tenemos la democracia de blusa y chaqueta; la democracia de americana y levita; la democracia de frac y corbata blanca, y la democracia de sotana y solideo.

Si, señores; tenemos una democracia roja, otra jaspeada, otra azul, y una nueva, nuevecita, de un color pardo que tira á negro.

Pero cómo así — se me dirá — siendo ó debiendo ser la democracia *una é indivisible*? Pues ahí verán ustedes. Porque la democracia ofrece, como todas las cosas, *tantas facetas como criterios la examinan*.

Lo que importa ahora es señalar esas facetas y examinar esos criterios, para que se vean bien los puntos de democracia que calzan ciertas grandes figuras, ciertos personajes elevados...

Y ya esto lo hará LA ESCOBA en tiempo oportuno.

Porque todavía LA ESCOBA no ha empezado á entrar en funciones.

Ya entrará, ya entrará...

Deo volente.

J. MOSTACILLA.

IMPORTANTE

Se publica encarecidamente á todos aquellos que, habiéndose suscripto á nuestro semanario, en cartas dirigidas á esta Administración, se hallan aún en descubierto con la misma, se sirvan girar el importe del trimestre actual á la mayor brevedad posible.

Nuestros suscriptores de Valencia y pueblos de su provincia podrán dirigirse, para el aviso y pago de suscripciones, ya al Director de LA ESCOBA, Habana, 12, 3.º izquierda, ya á nuestro corresponsal en aquella ciudad, D. Manuel Trinchant, Colón, 22, bajo.

LA ESCOBA

SEMANARIO SATÍRICO FEDERAL

ESTE SEMANARIO SE PUBLICA LOS LUNES

DIRECCIÓN, REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:

PASEO DE LA HABANA, 12, 3.º IZQUIERDA.

L. Polo, impresor, Relatores, 4 y 6.—Madrid.